

Un vecino sufrió una grave contusión en el cuerpo y me mandó llamar para sangrarlo. Una vez terminado me pidió que redactara su testamento. Tomé notas y entre otras cosas me dijo a cuál de sus hijos quería dejarle su joven negra. Considerando el dolor y aflicción por que pasaba y sin saber en qué terminaría, le escribí su testamento excepto la parte sobre la esclava. Se lo llevé a su lecho y se lo leí, y de modo amistoso le dije que yo no podía escribir instrumentos que esclavizaran a mis prójimos sin causar inquietud a mi propia mente. Le hice saber que no le cobraría por lo que ya había hecho, y le pedí que me dispensara de escribir la otra parte de la forma en que él quería. Tuvimos una seria charla sobre el asunto. Por fin él decidió liberarla y le terminé su testamento.